

ANDRÉS BELLO, IMITADOR DE LAS BUCOLICAS DE VIRGILIO

Es sabido que los primeros ensayos de Andrés Bello en el campo de la poesía siguen los modelos de los maestros clásicos y se remontan a sus años juveniles en Caracas. Las pocas obras conservadas de esa época son de fecha incierta. Hay entre ellas una égloga compuesta, según se cree en general, entre 1806 y 1808, y que fue publicada por primera vez en Madrid, en 1882, en la colección de *Poesías de Andrés Bello, precedidas de un estudio biográfico y crítico escrito por D. Miguel Antonio Caro*. También se encontró la misma égloga entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía en 1880 D. Antonio Leocadio Guzmán, como informa la Comisión Editora de las *Obras Completas de Andrés Bello*, Caracas, 1952, t. I, p. 28.

Esta poesía lleva el subtítulo de “Imitación de Virgilio”. Con esta aclaración se han contentado hasta ahora todos los autores que se han referido a dicha égloga de Andrés Bello, y ninguno ha creído necesario entrar a analizarla, para averiguar en qué consiste tal imitación o más bien, en qué puntos concretos se advierte la influencia del insigne mantuano. Pues D. Miguel Luis Amunátegui, en su *Vida de don Andrés Bello* sólo alude brevemente a la fuente principal (... una imitación en octavas de la segunda égloga de Virgilio”. P. 43, Stgo., 1962, Reed. de la Embajada de Venezuela). Y don Pedro Grases, por su parte, en su estudio “La elaboración de una égloga juvenil de Bello”, declara expresamente: “. . .reduciré mis notas a la comparación de los textos de Garcilaso y Figueroa, con el de Bello. *No pretendo estudiar ningún problema de fuentes latinas, ni examinar las diferencias de la traducción o interpretación de Virgilio*, (el subrayado es nuestro) por parte de Garcilaso y Figueroa o Bello. Deseo simplemente aclarar que los dos poetas españoles están en la

Égloga Tirsis habitador del Tajo umbrío. (*Doce estudios sobre Andrés Bello*, Buenos Aires, 1950, p. 45; cp. también del mismo autor: "Sobre la elaboración de una égloga juvenil de Andrés Bello", en *Revista Nacional de Cultura*, Nº 65, Caracas, 1947, pp. 32-46). Por esto, Grases se limita a repetir lo que afirmó D. Miguel Antonio Caro ya en 1881, en *Homenaje del Repertorio Colombiano* —en forma algo más completa que lo hiciera un año después D. M. L. Amunátegui—: "... es una imitación de la *Égloga* II, con interpolaciones de la VIII y la X". (o. c., p. 37, nota 1). No nos fue posible ver el "estudio biográfico y crítico" que puso D. M. A. Caro a la edición de las "Poesías de Andrés Bello" ni el trabajo de D. Luis Correa: "Bello y Virgilio", Caracas, 1931. D. Aristides Rojas, en su Introducción: "Infancia y juventud de Bello" que precede las "Poesías originales de Andrés Bello". Biblioteca de Escritores Venezolanos (París, 1881) dice, a propósito de la *Égloga* de Bello: "Esta imitación de Bello ha sido celebrada últimamente por el eminente filólogo y escritor colombiano Miguel Antonio Caro. Esta opinión es tanto más satisfactoria, cuanto que el señor Caro puede hoy reputarse como el primer virgilista de la literatura española".

Al examinar con alguna detención las quince octavas reales de que consta la *Égloga* de Bello, se comprueba fácilmente que la parte original de ella es pequeña. El autor utilizó para su "imitación" varias bucólicas de Virgilio; la parte substancial procede de la *Égloga* II (Alexis), en la que injertó un pasaje de la VIII (Damón y Alfesibeo) y un tema de la V (Menalcas y Mopso), repetido por Virgilio en la X (Galo).

Bello se sirve de su modelo con mucha libertad, adaptándolo convenientemente a su inspiración poética, de manera que la imitación nunca llega a ser tan fiel que pueda considerarse como traducción. Veamos ahora algunos pormenores de los procedimientos que empleó el joven caraqueño en la elaboración de su poema.

En primer término, Bello altera los nombres de los personajes y el lugar de la escena virgiliana, introduciendo como protagonistas a Tirsis y Clori (en Virgilio: Corydón y Alexis) y trasladando los sucesos a España, a la región del Tajo (en Virgilio: Corydón evoca la región de Sicilia).

En segundo lugar, altera también el clima moral, ya que tal Tirsis no arde en vehemente amor por otro mancebo, como es el caso de Corydón respecto de Alexis, en la obra de Virgilio, sino que

Bello, a fin de poner el argumento de su poema más de acuerdo con nuestras costumbres, nos lo presenta enamorado de la pastora Clori.

Don Miguel Luis Amunátegui declara con referencia a esta innovación de Bello: "De esta manera quitó a la composición todo lo que, en el original latino, tiene de repugnante para las costumbres modernas". (o. c., p. 43).

¿Qué indujo a Bello a elegir justamente las praderas del Tajo como panorama de su égloga y a escoger los nombres de Tirsis y Clori para sus protagonistas? La respuesta no es difícil. Bello formaba parte en Caracas de un círculo de literatos, en el que "se leían y comentaban las obras de los escritores peninsulares; se juzgaban y guardaban como en un archivo nacional, las composiciones indíjenas" y, según afirma D. M. L. Amunátegui "... en esa colección había muchas églogas, lo que provenía de ser uno de los libros más leídos el *Parnaso Español* de don Juan López Sedano, donde abundan las piezas de este género". (o. c., p. 42).

A la lectura de poesías bucólicas contenidas en esta obra, en la cual, por supuesto, figuran las tres célebres églogas de Garcilaso de la Vega y la famosa égloga *Tirsi* así como las *Estancias* de Francisco de Figueroa, "el divino", se debe, sin duda, el primer impulso que recibió Bello para intentar la imitación de Virgilio en esta clase de poesías.

Don Pedro Grases ya ha señalado los testimonios literarios que prueban la admiración de Bello por estos dos grandes poetas castellanos (ver o. c., p. 45). Parece indudable que fuera el recuerdo de las églogas de Garcilaso, en particular de la Primera, la que le sugirió la idea de escoger la región del Tajo por escenario de su poema, aunque también la Tercera, escrita, además, en octavas, como la de Bello, contiene en su primera parte una magnífica descripción de ciertos parajes de este río ("Cerca del Tajo, en soledad amena/de verdes sauces hay una espesura/", vv. 57 y ss.).

Extraña un poco que Bello, que amaba tan profundamente su tierra natal, y que era tan americanista, no haya situado la escena de su égloga en un idílico punto de su país. Era más poderosa, como se ve, la influencia de los modelos en sus primeros ensayos poéticos; sin embargo, sabemos por los datos que nos proporciona D. Miguel Luis Amunátegui, que Bello hizo otra composición bucólica, titulada: *Palemón i Alexis*, de la que sólo conocemos el primer verso: "Hace el Anauco un corto abrigo en donde" (o. c., p. 46), que nos revela su amor por el paisaje venezolano al mencionar las rumorosas aguas

del río Anauco, al cual dedicó también una de sus primeras poesías conocidas.

En cuanto a los nombres de los pastores o pastoras nos parece casi absolutamente seguro que Bello adoptara los nombres de *Tirsis* y de *Clori* de la Égloga *Tirsi* de Francisco de Figueroa (o quien sea su verdadero autor; cp. P. Grases, o. c., p. 44 n. 7), en cuyas *Estancias* y *Sonetos* también se halla un pastor de este nombre, aunque *Thyrsis* sea igualmente una figura de las bucólicas de Virgilio (vii, 2; 16, 19).

Mientras que *Clori* ("La rubia Clori, amor de mil pastores") (Égl. "Tirsi", v. 63) representa el recuerdo de Figueroa, las otras dos pastoras que se nombran en la Égloga de Bello, *Galatea* y *Tirrena*, serán reminiscencias de Garcilaso. Desde luego, *Galatea* era una de las seis pastoras de la musa garcilasiana (aunque en las bucólicas de Virgilio también ocurre el nombre de Galatea con relación a la hija de Nereo (vii, ix) así como a una niña campesina (i, iii). Por otra parte, introduce Garcilaso hacia el final de su Tercera Égloga, a dos pastores, de los cuales uno se llama Tirreno (iii, v. 297); de ese nombre, que no se halla en Virgilio, Bello habrá formado el femenino *Tirrena*.

En la obra de Bello no se trata solamente, como ya lo señaló con razón don Pedro Grases, de la influencia de una fuente común —Virgilio— que se refleja en Garcilaso y en Figueroa y después en Bello, sino que se comprueba en dicha Égloga claramente el influjo de los poetas españoles, sobre todo en el aspecto formal, en la expresión castellana, en el uso de determinados vocablos y giros.

En toda la poesía pastoril española abundan ciertos adjetivos (por ej.: *ameno*, *delicado*, *ingrato*, etc.); el poema de Bello no se aparta a este respecto de la norma:

BELLO	GARCILASO	FIGUEROA
ameno río (i)	soledad amena (Égl. iii)	
ameno prado (xii)	prado ameno (Égl. iii)	
el verde suelo (x)	verde prado (Égl. i)	verde suelo (Est.)
rosa delicada (vi)	tela delicada (Égl. i)	verde prado (Égl.)
ninfa ingrata (v)	mano delicada (Égl. i)	
mortal ingrato (xiii)	tú, ingrata (Égl. i)	
inhumana (ii, xiv)		Dafne ingrata (Égl.)
venturosa (v)		inhumano (Est.)
		venturoso (Est.)

P. Grases, a su vez, insinúa un posible influjo de Garcilaso también en el uso de la anáfora en la octava II de Bello; v. o. c., p. 49 § 3.

La influencia temática, por otra parte, proviene casi exclusiva y directamente de Virgilio, aspecto que no se ha destacado como es debido hasta ahora, lo que nos proponemos cumplir aquí, para dejar en claro qué dimensiones abarca la fuente latina y cuál es su limitación frente al dominio formal de los clásicos españoles.

Haremos a continuación un cotejo de la égloga de Bello, estrofa por estrofa, con la de Virgilio, anteponiendo cada vez el texto de Bello:

I

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
con el más vivo fuego a Clori amaba:
a Clori, que, con rústico desvío,
las tiernas ansias del pastor pagaba.
La verde margen del ameno río
tal vez buscando alivio, visitaba;
y a la distante causa de sus males,
desesperado enviaba quejas tales:

Los dos primeros versos son, desde luego, la adaptación directa del primer hexámetro de la *Égloga Segunda* del poeta mantuano:

Formosum pastor Corydon ardebat Alexim (v. 1)*
[El pastor Coridón amaba con pasión al hermoso Alexis]

Bello da sin embargo, a este primer verso latino, un desarrollo que abarca la mitad de la octava y en cuya expresión se halla una clara resonancia del comienzo de la *Égloga Tirsi*, de Francisco de Figueroa, tal como lo insinúa don Pedro Grases en su citado estudio. Basta comparar estos cuatro versos con los de Figueroa:

Tirsis, pastor del más famoso río
que da tributo al Tajo, en la ribera
del glorioso Sebeto, a Dafne amaba
con ardor tal que fue mil veces visto. . .

(F. *Égl.* 1-4).

*Agregaremos en cada caso una traducción literal del texto de Virgilio.

A esto podría sumarse tal vez también el recuerdo de un pasaje de la *Tercera Égloga* de Garcilaso:

Cerca del Tajo en soledad amena
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura; (57-62)

y de los versos iniciales de las *Estancias*, de F. de Figueroa:

Sobre nevados riscos levantado
cerca del Tajo está un lugar sombrío

En cuanto a los cuatro versos restantes de la primera estrofa, Bello logra una feliz combinación de lo que ofrece Virgilio en los versos 3-5 y la libre imitación de Garcilaso en su *Égloga* 1. El texto latino dice:

Tantum inter densas, umbrosa cacumina, fagos
adsidue ueniebat; ibi haec incondita solus
montibus et siluis studio iactabat inani:
[A menudo venía caminando bajo las tupidas hayas,
cimas umbrosas; allí, solitario, lanzaba a los montes
y bosques estos cantos rústicos en vano intento:]

Garcilaso, por su parte, escribe:

... cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado ...
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía.

(Égl. 1, 45-56).

La interpretación de este pasaje virgiliano por Figueroa se realiza evidentemente a través de Garcilaso sin que se evidencie ningún de-

talle especial que pudiera haber influido en la forma que le dio Bello. Aunque es manifiesto el ascendiente de estos dos poetas españoles sobre el vate venezolano en esta primera estrofa, se observa no obstante siempre una nota personal. Mientras que en las églogas de Garcilaso y de Figueroa, los lamentos del pastor son “dulces” y sin desaliento, en la versión de Bello, son desesperados y corresponden tal vez mejor al verdadero estado anímico de Tirsis.

Sin embargo, el fondo temático lo constituye para Bello y para Garcilaso el texto latino, ateniéndose ambos con mayor fidelidad a él que Francisco de Figueroa.

II

No huye tanto, pastora, el corderillo
del tigre atroz, como de mí te alejas,
ni teme tanto al buitre el pajarillo,
ni tanto al voraz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas:
por ti olvido las rústicas labores
por ti fábula soy de los pastores.

En los cuatro primeros versos de la segunda octava, hay sólo algunos elementos que recuerdan el modelo latino y no son ni siquiera la continuación directa de lo anterior:

(Torua leaena lupum sequitur) , lupus ipse capellam (v. 63)

[(La fiera leona sigue al lobo) , el lobo a su vez busca la cabra].

Las imágenes que sirven de base a las comparaciones no son tampoco originales en ninguno de los poetas. Hay una semejanza, sin embargo, con Garcilaso, Égl. I, vv. 101-102.

El sexto verso, en cambio, corresponde claramente al virgiliano:

“O crudelis Alexei, nihil mea carmina curas? (v. 6)
[¡O cruel Alexis! ¿No te importan mis canciones?]

La inspiración de Bello hay que buscarla para esta octava más bien en la *Égloga Primera* de Garcilaso. Cp. vv. 85-90 y 99-102; aquí encontró también la figura retórica que empleó en los dos versos finales:

Por ti . . . (vv. 99, 100, 102) .
por ti . . .

Cp. P. Grases, o. c., p. 49 y n. 12. Virgilio también gusta de la anáfora. Cp. Égl. II, 8 y 9.

III

Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
ingratitude me causará la muerte:
mi historia en esos árboles grabada
dirá entonces que muero por quererte:
tantos de quienes eres adorada
leerán con pavor mi triste suerte:
nadie entonces querrá decirte amores,
y execrarán tu nombre los pastores.

Aquí Bello tomó la idea de los dos primeros versos de Virgilio:

[. . .] mori me denique coges (v. 7) .
[(. . .) terminará por hacerme morir].

Pero a partir del verso tercero abandona Bello transitoriamente la Égloga II, para intercalar un tema que Virgilio toca en la v y lo repite en la x. En el verso 13 de la bucólica v, el pastor Mopso cuenta que ha grabado sus versos en el tronco de un árbol.

NOTA: Igual procedimiento menciona después, en imitación de Virgilio, el poeta Calpurnio (de la época de Nerón), en uno de sus poemas bucólicos.

Virgilio dice:

Immo haec in uiridi nuper quae cortice fagi
carmina descripsi . . . (v. 13) .
[No; voy a ensayar estos versos que grabé el
otro día en la verde corteza de un haya].

Y en la décima égloga hallamos los siguientes versos:

Certum est in siluis inter spelaea ferarum
malle pati, tenerisque meos incidere amores

arboribus: crescent illae, crescetis, amores
(x, 63 s.) .

[Mi decisión está tomada: en las selvas, en medio de las guaridas de las fieras, prefiero sufrir y grabar mis amores en la tierna corteza de los árboles: crecerán los árboles (y con ellos) crecéis también vosotros, mis amores].

Andrés Bello nos descubre aquí que al elaborar su poema tuvo presente y tal vez a la vista la égloga de Figueroa; pues sólo en ella y no en la *Égloga Primera* de Garcilaso, que igualmente imita la Segunda de Virgilio, encontramos este mismo orden de ideas que observamos en la poesía de Bello. Después de mencionar la ingratitud de Dafne, que finalmente llevará a la muerte a Tirsi, Figueroa agrega de inmediato que el desventurado pastor se propone escribir sus quejas en el tronco de un árbol para advertencia de futuros enamorados de la bella ingrata:

Porque con este hierro que algún día
ha de dar fin a mi cansada vida
en este tronco escriba mis querellas,
do, por ventura, la engañosa Dafne,

vuelva acaso los ojos y los lea.
O si esto no, serán piadoso ejemplo
a amorosos pastores; . . .

También en las *Estancias* de Figueroa se echa mano a este recurso, al poner Tirsi no sus lamentos sino su epitafio en la corteza dura de un pino.

Por los hechos señalados parece, pues, innegable que el modelo inmediato de Bello, en este pasaje, es decir, en los versos 3-8 de la tercera estrofa, haya sido la égloga de Figueroa. Siempre los temas son virgilianos, pero la utilización de ellos sigue el orden indicado por algún poeta español.

IV

Y a la sombra del bosque entrelazado
los animales mismos apetece;
bajo el césped que tapiza el prado,

los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
si la viña los pájaros guarnecen
yo solo, por seguir mi bien esquivo,
sufro el rigor del alto can estivo.

En esta cuarta estrofa está más manifiesta la influencia directa de la *Égloga* II. Basta confrontar los siguientes versos virgilianos con los de Bello:

Nunc etiam pecudes umbras et frigora captant;
Nunc uiridis etiam occultant spineta lacertos (vv. 8-9).
[Ahora los mismos rebaños buscan la sombra y el fresco;
ahora también los verdes lagartos se ocultan en los espinares].

Las modificaciones introducidas por Bello son pocas y sin importancia y no reflejan tampoco ningún influjo de los modelos españoles: los lagartos del texto latino se cambian de verdes en “pintados” (¿por razones métricas?) y, en vez de ocultarse en los espinares, “se guarnecen bajo el césped”. Solamente los versos 5 y 6 de la misma octava son, al parecer, producto de la vena poética de don Andrés y un relleno necesario para completar la estrofa.

Los dos últimos versos pareados de la misma, en cambio, se acercan nuevamente a Virgilio:

(...), tua dum uestigia lustrum
sole sub ardenti (...) (vv. 12-13)
[(pero yo) siguiendo las huellas de tus pasos,
bajo el ardiente sol...].

sin aproximarse mayormente a Garcilaso, salvo en la expresión muy similar “can estivo” (Bello) — “calor estiva” (Garcilaso, v. 123).

V

Tú mi amor menosprecias insensata,
y no falta pastora en esta aldea
que, si el nudo en que gimo, un dios desata,
con Tirsis venturosa no se crea.
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata
mis obsequios rendir a Galatea,
o admitir los halagos de Tirrena,
aunque rosada tú, y ella morena?

En el primer verso de esta estrofa se ha creído ver el recuerdo del verso de Garcilaso: ¿Cómo te vine en tanto menosprecio? (Égl. I, v. 183). Cp. P. Grases, o.c., p. 50.

Sin embargo, los cuatro primeros versos en conjunto nos parecen más bien una motivación propia que aduce Bello como fundamento de la idea virgiliana desarrollada en la segunda parte de la octava. La similitud formal del primer verso con aquel de Garcilaso se reduce a una sola palabra (menosprecio - menosprecia) y puede ser una mera casualidad, pues la idea especial, el desprecio que sufre Tirsis por parte de la persona amada, se halla también en Virgilio (Despectus tibi sum, v. 19) y en el fondo, naturalmente también en los imitadores españoles de éste.

Pero todo el resto de esta quinta estrofa se ciñe estrechamente al texto latino sin recurrir a modelos españoles. Las únicas alteraciones que introduce Bello consisten en sustituir el nombre de Amarilis por el de Galatea y el de Menalcas por Tirrena, o sea, en este último caso por uno de mujer —lo que era indispensable, para ser consecuente— y, luego, en cambiar la tez blanca de Amarilis en rosada de Clori. Virgilio dice:

Nonne fuit satius tristis Amaryllidis iras
atque superba pati fastidia? nonne Menalcan
quamuis ille niger, quamuis tu candidus esses? (vv. 14-16).

[¿No habría sido mejor sufrir las crueles iras y los orgullosos desdenes de Amarilis y haber preferido a Menalcas, a pesar de ser él moreno y tú, blanco?].

VI

¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
a la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
y lánguido el jazmín tal vez fallece,
sin que del ramo, que adornaba ufano,
las ninfas le desprenden con su mano.

Toda esta octava se desarrolló sobre los dos hexámetros siguientes, en verdad íntimamente unidos con el anterior:

O formoso puer, nimium ne crede colori!
Alba ligustra cadunt, uaccinia nigra leguntur. (vv. 17-18) .

[¡O hermoso mancebo, no te fíes demasiado del color! Las blancas alheñas se dejan perder, en cambio los negros arándanos se recogen].

Los pocos cambios que se advierten en la redacción de Bello no son de mayor alcance. Olvidándose del color rosado de Clori (v. estrofa v), habla de la “nevada blancura” de su tez y reemplaza a continuación también las blancas y fragantes alheñas o ligustres por el jazmín y los negros arándanos por la pálida violeta.

Por lo demás, no hay en estos versos, a nuestro juicio, ninguna reminiscencia directa de los bucólicos españoles.

VII

Mi amor y tu belleza maldecía,
tendido una ocasión sobre la arena,
y Tirrena, que acaso me veía,
—¡oh Venus, dijo, de injusticias llena;
lejos de unir las almas, diosa impía,
las divide y separa tu cadena! . . .
De Clori sufres tú las esquivaces,
y yo te adoro a ti que me aborreces.

Esta octava insiste en la desventura de Tirsis por el desprecio de Clori, sin agregar ningún motivo nuevo al tema virgiliano. Sin embargo, queda manifiesto el recuerdo de la Égloga de Figueroa, como ya lo anotó D. Pedro Grases, con la cita de los versos:

Mas así va ¿son éstos los misterios
De la Diosa cruel, reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo?

Pero no coincidimos con el crítico venezolano en que los versos 4-6 de Bello (¡Oh Venus . . .) sean una traducción de Virgilio y que el verso final de la misma octava sea necesariamente imitación de Garcilaso, donde éste dice:

¿Cómo te fui tan presto aborrecible? (Égl. 1, v. 184) .

por el simple hecho de que emplee casualmente la palabra “aborreces”, de la misma raíz que “aborrecible”. ¿No será más bien interpretación del virgiliano:

Despectus tibi sum . . .
[Me desprecias . . .] (v. 19) ?

Por otra parte, nos parece que el pasaje del soneto

“Deja, Fili, gozar . . .”.

de F. de Figueroa, donde dice:

Y mira cuál está Tirsi parado;
Que dispuesto a morir, dice, tendido
Sobre la hierba de aquel verde llano:

posiblemente dejó su huella en el verso de Bello:

tendido una ocasión sobre la arena.

D. Pedro Grases (o. c., p. 51), en cambio, prefiere ver el modelo de Bello en el verso de Garcilaso:

Acuérdome durmiendo aquí algún hora (Égl. I, v. 257) .

VIII

¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
puede ser a tus ojos tan odioso;
cualquier pastor, cuando el rabel afino
escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,
me falta fruto sazonado y tierno?

En la primera mitad de esta octava, D. Pedro Grases halla nuevamente un acercamiento de Bello a la Égloga de Francisco de Figueroa, en el pasaje en que se lee:

¡Cuántos pastores, cuántas pastorcicas
 Amorasas, oyendo mis gemidos
 Han llorado conmigo consolándome
 Sin saber de mi mal la dura causa! (pp. 132-133) .

No es inverosímil que Bello haya tenido presentes estos versos, aunque aquí la actitud de los pastores frente a la situación del desafortunado compañero y sus lamentos es muy diferente, pues ellos son movidos a compasión que se traduce en consuelo para con el afectado, mientras que en el poema de Bello, el canto de Tirsis provoca la envidia de los demás.

En la segunda mitad de esta estrofa, vuelve Bello a atenerse otra vez con más fidelidad al modelo latino sin buscar apoyo en Garcilaso, quien adaptó también ese asunto de la poesía virgiliana, variándolo a su manera, omitiendo, desde luego, la alusión a la gran cantidad de ganado que posee Salicio:

El texto de Virgilio dice:

Despectus tibi sum, nec qui sim quaeris, Alexi,
 quam diues pecoris, niuei quam lactis abundans.
 Mille meae Siculis errant in montibus agnae
 lac mihi non aestate nouom, non frigore deficit (vv. 19-22) .

[Me desprecias, Alexis, y ni preguntas quién soy, cuán rico soy en ganado, en leche blanca como la nieve. Tengo mil ovejas que andan vagando por las montañas de Sicilia; jamás me falta leche fresca, ni en el verano ni en el invierno].

Como se ve, el único cambio que verifica Bello respecto de lo que dicen los versos latinos, consiste en sustituir “leche fresca” —Garcilaso traduce literalmente “nueva leche”— por “fruto sazonado y tierno”.

IX

Ni tampoco es horrible mi figura,
 si no me engaño al verme retratado
 en el cristal de esa corriente pura;
 y a fe que a ese pastor afortunado
 que supo dominar alma tan dura,
 si a competir conmigo fuese osado,
 en gentileza, talle y bizarría,
 siendo tú misma juez, le excedería.

En esta octava, Bello realizó otra vez, una acertada versión de un tema virgiliano, a través de la expresión castellana de Garcilaso. Los tres primeros versos de Bello y los siguientes garcilasianos:

No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura (Égl. I, vv.
[175-178],

se inspiran, por supuesto, en los de Virgilio, quien escribe:

Nec sum adeo informis: nuper me in litore uidi
(...), si nunquam fallit imago (v. 27).
[Ni tampoco soy tan feo: el otro día me vi en
(el espejo del agua de) la orilla del mar...,
si no engaña la imagen (= el espejo)]

Pero Virgilio a su vez, tomó de Teócrito el tema de la contemplación de la propia imagen en el espejo del agua y lo transmitió a toda la poesía pastoril.

El resto de la novena estrofa del poema de Bello sólo reconoce como fuente a Virgilio en el siguiente detalle —que no se halla en la Égloga de Garcilaso—:

(...); non ego Daphnim, (v. 26)
iudice te, metuam, (...), (v. 27).

[yo no temería a Dafnis, siendo tú mismo juez].

Mientras que Virgilio hace decir a Coridón que no teme competir ni con Dafnis, el Tirsis de Bello desafía sólo a un rival anónimo.

X

Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡ven! mira las Driadas, que te ofrecen
en canastos la esencia de la rosa,
y para ti los campos enriquecen.
Para ti sola guardo la abundosa

copia de frutos que en mi huerto crecen;
para ti sola el verde suelo pinto
con el clavel, la viola y el jacinto.

Aquí Bello no puede ocultar el modelo que le sirvió como fuente de inspiración, a pesar de las diversas alteraciones que introdujo en sus versos:

El comienzo refleja manifiestamente el siguiente pasaje virgiliano:

“O tantum libeat mecum tibi sordida rura (v. 28)
atque humilis habitare casas (...) (v. 29).

[Oh, si solamente quisieras venir a vivir conmigo en la campiña desdeñada y en sus humildes cabañas...]

Luego salta al verso 45 de la misma Égloga:

“Huc ades, o formose puer: tibi lilia plenis
Ecce ferunt Nymphae calathis; tibi candida Naïs,
pallentis uiolas et summa papauera carpens
narcissum et florem iungit bene olentis anethi (vv. 45-48).

[¡Ven, oh hermoso mancebo! Mira: para ti las ninfas traen lirios a canastillos llenos; para ti la blanca náyade, cogiendo pálidas violetas y flores de amapolas, agrega el narciso y la flor del fragante eneldo;].

El bello mancebo se transformó, por supuesto, en “ninfa hermosa”. Las ninfas del texto virgiliano, a su vez, aparecen como “Driadas” y las pálidas violetas, el eneldo, el narciso, la amapola y el romero fueron reemplazados por el clavel, la viola y el jacinto.

Finalmente los versos:

Ipse ego cana legam tenera lanugine mala,
castaneasque nuces, mea quas Amaryllis amabat (vv. 51-52).

[Yo mismo cogeré para ti membrillos cubiertos de suave vello blanquizo y castañas que tanto gustaban a mi Amarilis].

encuentran un débil eco en los endecasílabos 5 y 6 de esta misma estrofa de Bello.

En conjunto, esta octava está, en su estructura y contenido, mucho más cerca del modelo latino que de otras probables fuentes; incluso los recursos estilísticos de Virgilio son aprovechados oportunamente. Cp. por ej.: tibi lilia... / tibi candida... : para ti sola... / para ti sola...

Los paralelos que traza D. Pedro Grases (o. c., pp. 53 y 54) entre Bello y Garcilaso así como Figueroa en esta estrofa no parecen muy evidentes:

XI

Acuérdate del tiempo en que solías,
cuando niña venir a mi cercado,
y las tiernas manzanas me pedías
aun cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entonces no podías
alcanzar el racimo colorado;
y después que tus medios apurabas,
mi socorro solícita implorabas.

XII

Entonces era yo vuestro caudillo,
mi tercer lustro apenas comenzado,
sobresaliente en el pueril corrillo,
como en la alfombra del ameno prado
descuella entre las hierbas el tomillo.
Desde entonces, Amor, Amor malvado,
me asestaste traidor la flecha impía
que me atormenta y hiere noche y día.

Llegado a este punto en los lamentos de un amante traicionado, Bello intercala en su poema el famoso episodio de la *Égloga VIII* de Virgilio, donde Damón evoca los primeros encuentros con Nisa, toda ía niña en aquel entonces. Los seis versos, en los cuales el mantuano nos cuenta esta breve historia, se amplían, en la versión del poeta caraqueño, a dieciséis, formando las dos octavas arriba citadas.

El texto virgiliano correspondiente es éste:

Saepibus in nostris paruam te roscida mala
 (dux ego uester eram) uidi cum matre legentem
 alter ab undecimo tum me iam acceperat annus;
 Iam fragilis poteram a terra contingere ramos;
 ut uidi, ut perii, ut me malus abstulit error! (vv. 37-41).
 (...)

 Nunc scio quid sit Amor: (v. 43).

[En nuestro huerto te vi, cuando eras pequeña, coger con tu madre —yo era vuestro guía— las manzanas húmedas por el rocío. Cumplía entonces doce años y ya podía alcanzar de la tierra las puntas de las ramas; yo te ví y sucumbí. ¡Qué delirio fatal se apoderó de mí! . . .
 Ahora yo sé lo que es el amor].

En cuanto al contenido de estas dos estrofas, Bello se dejó guiar únicamente por el poeta latino, sin descender, por supuesto, al nivel de la traducción. Tampoco podemos descubrir en el empleo de los elementos formales expresivos ningún influjo de Garcilaso, como el que insinúa D. Pedro Grases (p. 54, N^o 16). Ni Garcilaso ni Figueroa hacen alusión a este episodio de la Bucólica VIII de Virgilio; de ahí que no tenga objeto buscar en ellos antecedentes para las estrofas XI y XII de la Égloga de Bello.

XIII

¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
 guarda Jove al mortal ingrato y duro:
 hay destinado solo a su tormento
 en el lóbrego Averno un antro oscuro:
 en su carne cebado, un buitre hambriento
 le despedaza con el pico impuro
 y el corazón viviente devorado
 padece a cada instante renovado.

Antes de volver a la Bucólica II de Virgilio, Bello dedica la estrofa decimotercera a una historia mitológica, según la cual, como él dice, Júpiter castiga severamente al mortal ingrato, dejándolo a la merced de un hambriento buitre que le devora a picotazos el corazón que siempre se renueva. Se trata, naturalmente, del mito de Prometeo con una ligera variante, pues según nos cuenta Esquilo, Pro-

meteo fue encadenado a una roca, donde un águila le devoraba el hígado, día por día, ya que durante la noche esa víscera volvía a renacer.

Bello intercala aquí esta leyenda sin tomar en consideración que el caso de Prometeo era muy diferente del de los candorosos pastores de la poesía bucólica. Para esta estrofa no hay, por supuesto, ninguna sugerencia de sus modelos, ni en Virgilio ni en Garcilaso ni en Figueroa.

XIV

Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
tengo en casa la vid medio podada,
y en el bosque la grey abandonada.

Después de la breve digresión que advertimos en la estrofa anterior, nuestro autor busca nuevamente apoyo en la Égloga “Alexis” de Virgilio, pues en el tercer verso refleja evidentemente el hexámetro:

A₁ Corydon, Corydon, quae te dementia cepit? (v. 69).
[¡Ah!, Coridón, Coridón. ¿Qué locura se ha apoderado de ti?]

Creemos que en cuanto a la pregunta “¿qué sueño es este mío?” no se puede pensar en una “resonancia de Figueroa y Garcilaso” que se relacionaría con el término “sueño”, pues se trata en estos casos de conceptos diferentes. En los pasajes de los dos poetas españoles aducidos por Grases, se alude a ensueños; Bello, en cambio, usa aquí la voz “sueño” como sinónimo de “deseo, anhelo”, como se desprende de los dos versos siguientes.

El penúltimo verso de la misma estrofa, acentúa de nuevo la dependencia del modelo latino, pues es casi una traducción literal del hexámetro virgiliano.

Semiputata tibi frondosa uitis in ulmo est (v. 70).
[Tus vides quedan a medio podar bajo el frondoso olmo].

XV

¿Qué fruto saco de elevar al cielo
 esta continua lúgubre querella?
 Ni encender puedo un corazón de hielo,
 ni torcer el influjo de mi estrella.
 Si Clori desestima mi desvelo,
 sabrá premiarle otra pastora bella.
 Ya baja el sol al occidente frío;
 vuelve, vuelve al redil, ganado mío.

En esta última octava de Bello hay nuevamente una feliz conjunción entre el texto virgiliano y la manera de interpretar a éste mediante la dicción de los dos bucólicos españoles.

El comienzo, o sea los dos primeros versos, evidentemente hacen recordar el de las *Estancias* de Figueroa que dice:

Quejarse ahora al cielo es desatino (p. 125)
 y los de Garcilaso:

Por ti me estoy quejando
 al cielo y enojando
 con importuno llanto al mundo todo: (Égl. 1, vv.
 / 345-347).

Cp. P. Grases, o. c., p. 55, N^o 19.

El verso tercero también revela la influencia formal de la Égloga 1, de Garcilaso, donde leemos:

y al encendido fuego en que me quemo
 más helada que nieve, Galatea! (vv. 58-59).

Pero en seguida Bello vuelve resueltamente al texto latino, cuyo verso final dice:

Inuenies alium, si te hic fastidit, Alexim (v. 73).
 [Encontrarás a otro Alexis, si éste te desdeña]

y termina su poema con la adaptación de los siguientes versos virgilianos, cuyo orden invierte:

Aspice, aratra iugo referunt suspensa iuuenci (v. 66)
 et sol crescentis decedens duplicat umbras (v. 67).

[Mira, los novillos arrastran los arados colgados del yugo y el sol al declinarse redobla las crecientes sombras;].

recordando, además, los versos finales de la misma *Égloga* I, de Garcilaso:

La sombra se veía
venir corriendo apriesa

. y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso (vv. 415-421).

* * *

En esta poesía de Bello hay, evidentemente, descripciones campestres y está vivo el sentimiento de la naturaleza, como es de rigor en un poema pastoril, pero ambos elementos poéticos son de tipo convencional y no la expresión espontánea de lo observado en un lugar preciso. Y, en este caso, no pudo ser de otra manera, porque se trata de un paisaje idealizado y, por lo demás, situado en una región que don Andrés no conocía personalmente, ya que nunca visitó la Península Ibérica.

Pero, como ya dijimos, la idea de escoger los parajes del Tajo para escenario de su *Égloga* se debe a la lectura de los poetas bucólicos españoles, principalmente Garcilaso y Francisco de Figueroa. Y así, encontramos en esta imitación de Bello, como en toda buena poesía pastoril, bosques sombríos, verdes praderas, viñas, toda clase de flores fragantes, huertos con árboles frutales, pájaros y lagartos: en una palabra, todo el ambiente campestre. A él se agregan las tradicionales figuras de los pastores, pastoras y ninfas; y con ellos se completa el cuadro bucólico de corte virgiliano, que es el mismo en la poesía de los imitadores españoles.

En muchos casos, las *églogas* del mantuano sirvieron a estos últimos de modelo para hacer disimuladas alusiones a episodios amorosos personales. Bello, hombre de mucha mesura y poco comunicativo en general, con respecto a asuntos privados, tal vez no quiso ocultar, en esta ocasión, sus sentimientos íntimos y se valió del mismo artificio a que solían recurrir Garcilaso y otros, en sus *églogas*. Por lo menos, nos parece posible que Bello, en esta oportunidad, así lo

hiciera, y dejara traslucir en los lamentos de Tirsis, el recuerdo de una desilusión sufrida en su juventud. Y creemos que don Luis Beltrán Guerrero es de la misma opinión, pues, al referirse a algunas de las escasas expansiones emocionales de Bello, dice: “El juvenil despecho por la obstinada ingratitud de Clori, grabado está en la égloga: amiga tuvo en su edad ardiente que “con tiernas caricias pagaba”, y sabemos de una rubia a quien, en la campiña aragüeña, anheló acompañar hasta exhalar el postrimer aliento”. (*Interpretación de Bello humanista*, en “Primer libro de la semana de Bello en Caracas”, Caracas, 1952, p. 157).

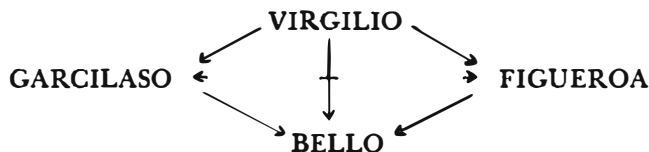
Esto no impide, naturalmente, que otro de los objetivos de la presente *Égloga* haya sido una tentativa de probar su capacidad para la imitación de los clásicos, a la manera de los poetas renacentistas, que consideraban tales “ejercicios”, parte esencial de su educación literaria.

Bello no sólo conserva en su poema el sabor de ingenuidad candorosa que caracteriza las églogas virgilianas, sino que emplea también el falso idealismo en el lenguaje que es del todo impropio de pastores rústicos. ¿Cuándo un ignorante cuidador de animales dirá que “sufre el rigor del alto can estivo”, que “gime en un nudo”, que “el jazmín fallece lánguido”?, o ¿qué podrá saber una simple campesina, como Clori, de las Galateas, Tirrenas, etc., y de las historias mitológicas de la antigüedad clásica como, por ejemplo, de aquella que cuenta Bello en la estrofa XIII?

Con el minucioso cotejo que hemos efectuado se confirma y afianza el aserto de D Pedro Grases, al cual aludimos más arriba. (Cp. o. c., p. 44).

Vemos que el joven caraqueño escribió su *Égloga* inspirándose en Virgilio, Garcilaso de la Vega y Francisco de Figueroa, “el divino”, siguiendo muy de cerca en la estructura y parte temática, la *Égloga* II, de Virgilio, aprovechando aproximadamente 40 versos de los 73 del texto latino e inscrustando en ella un pasaje de la VIII (6 versos) y un tema de la X (3 versos) (o de la V) (2 versos), situando la escena en un panorama idealizado al estilo de Garcilaso.

La filiación de los diversos imitadores de Virgilio, en el presente caso, podría representarse de la siguiente manera:



A esta poesía de la época juvenil de Bello no se ha dado, al parecer, la importancia que merece, y de este modo, ella ha pasado casi inadvertida en la crítica moderna, pues los historiadores de la literatura hispanoamericana opinan, en general, que el género bucólico no comienza en nuestro Continente sino con Julio Herrera y Reissig (1875-1910). V., por ejemplo: HUGO EMILIO PEDEMONTE, *Las eglogánimas de Julio Herrera y Reissig*, en "Cuadernos Hispanoamericanos", Nº 180 (diciembre, 1964), p. 492.

¿No sería conveniente revisar este tema y estudiar más a fondo el problema de la tradición del bucolismo en las letras de Hispanoamérica?

RODOLFO OROZ.